

Larra, una revisión continua

Emilio PALACIOS FERNÁNDEZ

Larra se ha convertido en un clásico de la literatura moderna, tratado muy generosamente por la bibliografía. Su figura despierta interés por la calidad literaria de sus textos y también por su ideología, que se expresa a través de la dura crítica a que somete a la sociedad de su tiempo. Las implicaciones políticas de su pensamiento han provocado que la lectura de sus artículos se haya tornado apasionada y que, evidentemente, varíe según desde el punto de vista que se haga.

La crítica más tradicional se interesó por sus valores costumbristas, no diferenciando sus artículos de los de otros coetáneos de corte más conservador, y haciéndolos coincidir con ellos en el común acercamiento a la realidad. Con la misma preocupación otros críticos tradicionalistas se han encerrado en el análisis exclusivo de los valores estilísticos de Larra, para poder así, salvando su ideología, incluirlo en el patrimonio literario nacional.

Las opiniones que veían en Larra el reformador de la sociedad han pervivido en precario, ocultas por sus valores literarios o por la negativa consideración moralista de su suicidio. La primera apreciación importante del Larra rebelde apareció en la pluma de Azorín, templado ya de los extremos rigores noventayochistas, en su *Rivas y Larra* (1916) y continuada después en el prólogo que hizo a una antología de artículos de *Fígaro*¹. En la misma línea, aunque con más orden, está el trabajo de C. Seco Serrano que sirve de preliminar a las obras de Larra², del que dice es «un excepcional testigo de su tiempo», definiéndolo como representante del «liberalismo idealista». Igualmente debemos valorar, por su carácter divulgador, la edición de J. Campos en cuyo prólogo se contrasta el sentido puramente estético de otros escritores costumbristas, como Mesonero Romanos y Es-

¹ La referencia completa de los citados libros es la siguiente: *Rivas y Larra, razón social del Romanticismo en España* (Madrid: Renacimiento, 1916) y *Artículos de costumbres* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1942).

² MARIANO JOSÉ DE LARRA: *Obras*, ed. C. Seco Serrano (Madrid: Atlas, 1960, 4 vols.; BAE, 127-130); el prólogo quedó recogido en «Larra: el liberalismo idealista», en *Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX* (Madrid: Guadarrama, 1973), pp. 23-136. Las mismas ideas se divulgaron ampliamente en los prólogos de sus antologías de artículos publicados por Planeta (1964, 1967 y 1981).

tébanez Calderón, frente a la exposición crítica que Larra hace de la sociedad, víctima «de la ignorancia, del atraso, de la falta de educación y de cultura»³. En la misma dirección recordaremos el libro de Susan Kirkpatrick, *Larra: el laberinto inextricable de un romántico español*⁴, que define su obra como la de «un liberal progresista con una fe sincera en la historia, como un pensador que examinaba los problemas de su tiempo en busca de una plataforma válida para el cambio».

Todavía hay otros críticos que han creído ver un más profundo compromiso político en la obra de Larra. Así, para los autores de la *Historia social de la literatura española*: «Larra se exaspera con los opresores en favor de los oprimidos; sus artículos son una defensa del *Partido progresista* y un constante ataque a una Iglesia en armas que fomentaba la contra-revolución y la guerra civil». Y más adelante: «Su revolución es social, harta ya de la politiquería huera y las promesas vanas»⁵.

Un sentir parecido puede encontrar el lector en un libro recientemente publicado y de cuyo contenido me propongo dar cuenta: *Revisión de Larra (¿Protesta o revolución?)*⁶. Se trata de las Actas de un coloquio sobre Larra celebrado en 1979, iniciado en la Universidad Autónoma de Barcelona (5-7 de junio) y terminado en la francesa de Besançon (3-4 de octubre).

El título no deja lugar a dudas sobre la pretensión de los autores: la revisión de Larra se hace aquí desde una perspectiva más social y política que literaria; y como añade uno de sus mentores, Albert Dérozier, «con el fin de demostrar que él es quizá el revolucionario más auténtico de todo el siglo XIX español»⁷.

Doce son las ponencias que se recogen en el volumen, ordenado en siete apartados, que a modo de centros de interés estructuran la obra. En el pórtico del libro encontramos dos artículos introductorios. El primero, de Albert Dérozier, «¿Por qué una revisión de Larra?», ofrece abundante información, pues el autor ha rastreado, con precisión, la prensa y la historiografía para recoger las opiniones que sobre Larra se han ido dando a lo largo del tiempo, hasta época reciente⁸, empezando por la distinta opinión que sobre el suicidio de Larra ofrecieron los diversos periódicos del momento, en la que ya aparecen configuradas las ideologías. Su muerte fue duramente criticada por los diarios conservadores, como el *Eco del comercio*, donde leemos: «Pero su muerte ha echado un borrón a su gloria: su sangre, vertida por él mismo, ha caído sobre sus obras y las ha deslustrado». Y más adelante: «Separando el hombre del literato, reprobémosle como lo primero; pero ensalcémosle como poeta distinguido e ilustrado. Murió Larra; pero *Fígaro* vive y vivirá eternamente»⁹. Tampoco el liberalismo oficial, sigue Dérozier, tuvo pa-

³ M. J. DE LARRA: *En este país y otros artículos*, pról. de J. Campos (Madrid: Alianza Editorial, 1967).

⁴ (Madrid: Gredos, 1977).

⁵ CARLOS BLANCO AGUINAGA, JULIO RODRIGUEZ PUERTOLAS, IRIS M. ZAVALA: *Historia social de la Literatura española* (Madrid: Castalia, 1978), II, pp. 94 y 96.

⁶ La ficha completa es: VV.AA.: *Revisión de Larra (¿Protesta o revolución?)* (Paris: Les Belles Lettres, 1983), 225 pp. (reprografía). Publicado a cargo del Centre de Recherches d'Histoire et Littérature au XVIII^e et au XIX^e siècles, y constituye el n.º 283 de los *Annales littéraires de l'Université de Besançon*.

⁷ *Idem*, p. 13.

⁸ Parte de esta información ya era conocida desde el artículo de JOSÉ LUIS VARELA: «Larra y nuestro tiempo» (*Cuadernos Hispanoamericanos*, 132 [1960], 35-50; y 133 [1961], 349-81) en el que se recogen opiniones vertidas durante un siglo (1837-1937) para constatar los dos distintos puntos de vista: crítica negativa en los conservadores, laudatoria en los progresistas (*Azortn*, Generación del 98...).

⁹ *Revisión de Larra*, pp. 18-19. Más clarividente parece un artículo de JUAN BAUTISTA ALBERDI publicado en un periódico de Buenos Aires: «Este talento inimitable se ha quitado la vida; se ha dicho que por

labras de excesiva comprensión, porque, quizá, nuestro autor iba más allá, y su «originalidad sorprende y desorienta a todos». Se recorren también las distintas apreciaciones dadas a lo largo de los siglos XIX y XX para ver de qué manera se configura la crítica en torno a Larra. De este análisis deduce las falsas interpretaciones y los olvidos voluntarios que exigen una nueva revisión, una «reivindicación progresista» e incluso un análisis más detenido de algunos artículos que «son un modelo de pensamiento revolucionario».

En el otro artículo que sirve de introducción, «Notas en torno a lecturas de Larra», Alberto Gil Novales, documentadamente, pone en relación la ideología liberal de Larra con la Ilustración más heterodoxa y la presencia de algunos autores extranjeros cuyas traducciones alimentaron esta posibilidad: Meslier, Du Laurens, Lamennais... Y esto, naturalmente, sin perder su originalidad, y sin que se le pueda llamar afrancesado. Y termina: «De la lectura de Larra sale un amargor nacional, terrible acumulación de conciencia, que anuncia ya angustias machadianas, desesperaciones de nuestro siglo XX. Porque esto es lo pavoroso: a pesar del agua corrida bajo los puentes, Larra es el más actual de nuestros escritores de hoy»¹⁰.

Sigue después un muy interesante «Ensayo bibliográfico», selección de libros y artículos hecha con un criterio acorde con la intención del volumen y por lo tanto parcial, como lo reconoce su autor, Jean-René Aymes, pero analítica y concienzuda, que da una visión precisa sobre lo que el lector puede encontrar en cada artículo o libro. Es una lástima que en algunos de los trabajos que le siguen no se haya tenido en cuenta esta bibliografía, que habría enriquecido los análisis e incluso ahorrado algunos esfuerzos de repetición. Como esta relación bibliográfica tiene, naturalmente, sus límites en el año 1978, me permito completarla, aunque sea parcialmente, para el lector. Le recuerdo algunas fichas: Russell P. Sebold, «Larra y la misión de Zorrilla» (*The American Hispanist*, III, n.º 26, 1978, pp. 7-12)¹¹, donde comenta el poema de Zorrilla a la muerte de Larra y su interés de manifiesto poético del Romanticismo; la colecta de artículos sobre Larra realizada por Rubén Benítez para la colección de El escritor y la crítica de editorial Taurus (1979); una edición antológica hecha por Enrique Rubio de *Artículos* (Madrid: Cátedra, 1983); y sobre todo un libro, largo tiempo esperado por los estudiosos de Larra y su época, del profesor José Luis Varela, *Larra y España* (Madrid: Espasa-Calpe, 1983). Es un amplio trabajo en el que han madurado ideas que dieron vida a otros artículos de este ilustre larrista, o se completan otros detalles no tratados antes para descubrirnos a un Larra complejo en su biografía, en la expresión de su ideología, en el cuidado estilo del autor literario. «Parece más adecuado [...] pensar que aquel satírico incisivo tuvo una visión menos superficial y apariencial-engañososa de la misma sociedad que reflejaban otros costumbristas contemporáneos, y ello condujo su atención hacia las escaramuzas partidistas cuyas líneas de fuerza son los intereses humanos, siempre semejantes en

una mujer. Lo creemos, pero esta mujer para nosotros es la España. Es la mujer insoportable de que se queja en todos sus escritos, y de la cual no ha podido verse libre sino a merced de una onza de plomo. ¡Pobre Larra! ¡Y tan joven, tan hábil, tan gracioso, tan patriota! ¡Ah, España! ¡Ah, España! («Figarillo», *La moda*, n.º 2, 25-XI-1837).

¹⁰ *Idem*, p. 39.

¹¹ Últimamente ha aparecido recogido en su libro *Trayectoria del romanticismo español* (Barcelona: Crítica, 1983), pp. 165-84.

su esencia; cabría quizá añadir también que a su ahondamiento «político» del costumbrismo romántico agrega un testimonio radical y original, con lo que la costumbre y el vehículo literario que la fija se tiñen de una manera personal a la que, como es obvio, llamamos estilo», leemos en el Preliminar¹².

Y siguiendo con *Revisión de Larra* viene después un artículo de Juan Francisco Fuentes titulado «Madrid, en vísperas de la sublevación de Bessières» donde se explica detalladamente alguno de los antecedentes que nos acercan a su época, convirtiéndose Larra en un pretexto para analizar la historia próxima.

Los dos capítulos siguientes tratan de la prensa satírica. El primero de Claudette Dérozier estudia varios periódicos (*El Cangrejo*, *La posdata*, *La guindilla*, entre 1841 y 1843) en sus manifestaciones gráficas, sobre todo las caricaturas, su realización y significado; y el otro, de Alberto Gil Novales, analiza *El Matamoscas* (1836-1837), periódico político, populista y revolucionario, del que se extrae una reseña necrológica sobre la muerte de Larra. Curiosamente, a pesar de ser un diario muy progresista, no acepta el suicidio de Larra: «El crimen siempre debe aparecer aborrecible a los ojos de los hombres». No se trata de una reprensión puramente moral, sino con implicaciones políticas, de quien no entiende que una persona que lucha por modificar la sociedad pueda suicidarse por un desengaño amoroso, dejando trunca su lucha. Es evidente que tampoco ha comprendido el sentido profundo de la muerte de Larra que no se justifica en el desengaño amoroso, en sus relaciones con Dolores Armijo, sino en el llanto continuo por la España rota.

Estos trabajos de revisión de la prensa, lentos y pesados muchas veces, resultan de gran interés para recomponer la situación de una época o la actividad de un autor en relación con su contexto. Es en la prensa, más incluso que en el libro madurado, donde se recogen los latidos más sinceros y momentáneos o donde se oyen los más elocuentes silencios. A través de ella se puede, además, seguir con matizada cronología la evolución de nuestros grandes hombres, su pensamiento vivo y encarnado en los problemas de cada día.

Sigue después un artículo de James Durnerin titulado «Fascinación y repulsa por Dumas en el Larra crítico y creador». Se inicia este interesante trabajo con un ordenado resumen de ideas teatrales de Larra, «crítica de espectador», destacando la defensa de los principios neoclásicos en cuanto a la propiedad y verdad en el género dramático, su sentido educador, y la necesidad del autor genial que se eleve sobre las mediocridades que lo practican. Esta visión sería perfecta si se hubiera contrastado, y a veces completado, con algunos trabajos anteriores conocidos, entre los que se pueden citar, con valor desigual y sin intención de hacer inventario completo, los de Lomba y Pedraja, M. G. Profeti, Scari, Correa y Calderón, José Monleón¹³.

¹² Ed. cit., p. 13. La obra se completa con una amplia bibliografía sobre Larra (pp. 305-27). Otras fichas: PIERO MENARINI: «Larra y Moratín: el teatro español en los comienzos del Romanticismo», *Congreso Internacional sobre Leandro Fernández de Moratín*. Bolonia, 1978 (Albano Terme: Piován Editore, 1981), pp. 201-211; VALERIANO BOZAL: «Gallardo, Miñano y Larra en el origen de la sátira crítico-burguesa», *CuHi*, 388(1982), 51-61; MARIANO JOSÉ DE LARRA: *Las palabras: artículos y ensayos*, selección e introducción de J. L. Vareja (Madrid: Espasa Calpe, 1982); ALEJANDRO PÉREZ VIDAL: *Artículos*. Mariano José de Larra (Barcelona: Laia, 1983); DORIS RUIZ OTIN: *Política y sociedad en el vocabulario de Larra* (Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1983). Reseña de M.ª CRUZ SEOANE: *El País-Libros*, 29 de abril, 1984, p. 4.

¹³ J. R. LOMBA Y PEDRAJA: *Mariano José de Larra (Fígaro)*. Cuatro estudios que le abordan o le bordean (Madrid: Tip. de Archivos, 1936); M. G. PROFETI: «Sulla critica litteraria di Larra», *Miscellanea di Studi Ispanici* (Pisa: 1964), pp. 61-84; R. M. SCARI: «El teatro y la moral en el pensamiento de Larra», *Cuader-*

La segunda parte trata de la relación de Larra, dramaturgo y novelista, con Alejandro Dumas. Es una relación de admiración y de repulsa cuando no coincide con sus procedimientos literarios o su ideología. En concreto se compara *El Doncel* y el *Maftas* con el *Henri III et sa cour*: «Esta breve ojeada sobre las semejanzas entre la obra de Dumas y la de Larra nos permite comprender que Larra debe a Dumas buena parte de su invención»¹⁴.

Los tres estudios que forman el apartado «Costumbrismo, Romanticismo e Ideología», pretenden dar la verdadera significación ideológica de los artículos de costumbres de Larra. El tema de la moda, a través de un texto donde se muestra la oposición entre la tradicional mantilla y el novedoso sombrero, le permite a José Escobar profundizar en el sentido crítico del costumbrismo larriano: «Frente al costumbrismo de los periódicos del sistema durante la ominosa década, Larra lanza en *El Pobrecito Hablador* lo que podríamos llamar un costumbrismo «contestatario». En realidad se trata de un anticostumbrismo en cuanto que se opone a los presupuestos mismos del costumbrismo nacionalista...»¹⁵. En el artículo de Jean-Marc Pélorson, «El humor de Larra o la descortesía de la esperanza», se trata de analizar el humor de Larra no como «un mero giro de pensamiento» (supongo que como expresión de estilo) sino como un recurso válido para acercarse críticamente a la realidad. Olvida su autor, sin embargo, los varios trabajos que sobre sátira, humor, e ironía en Larra se han hecho, desde distintas perspectivas, relacionándolo con Quevedo, Cadalso o sus descendientes de la Generación del 98¹⁶.

Completa el apartado sobre el costumbrismo un interesante artículo de Claire-Nicolle Robin titulado «Larra y el mal du siècle», en el que se pretende encuadrar a Larra en un contexto generacional europeo, fuera de las habituales apreciaciones de afrancesamiento, a través del sentimiento de la nostalgia, no mirando al pasado sino al presente, por medio del cual podemos descubrir la personalidad y el compromiso de Larra. Es la ausencia del «coloso» que ordene y transforme el mundo, del intelectual fuerte o también del escritor genio que se eleve sobre la mediocridad. No es esto un dandismo aristocrático, como lo definió Umbral¹⁷, pues no existe un desprecio al pueblo ya que cree en las posibilidades de superación de los más fuertes dentro de él. Recuerda esto la necesidad que se sien-

nos Americanos (México: 5, 1971), 160-65; E. CORREA y CALDERÓN: «Larra, crítico de teatro», *Revista de Ideas Estéticas*, XXXII (1974), 191-212; JOSÉ MONLEÓN: *Larra. Escritos sobre teatro* (Madrid: Edicusa, 1976), importante libro donde se recogen abundantes artículos de Larra sobre el teatro, precedidos de un amplio prólogo hecho también desde una perspectiva ideológica progresista.

¹⁴ *Revisión de Larra*, p. 151.

¹⁵ *Idem*, p. 162.

¹⁶ Recuerdo algunos, a modo de inventario, por orden cronológico: A. ESPINA: *Lo cómico-contemporáneo (Larra-Ganivet)* (Madrid: 1928); E. GASPAR RODRIGUEZ: «Los dos maestros del humorismo del siglo XIX: Larra y Eça de Queiroz», *O Instituto. Revista científica y literaria*, LXXXV (1933), 135-54 y 350-74; EUGENIO D'ORS: «Los humoristas», en *Novísimo Glosario* (Madrid: 1946, pp. 339-40); RAFAEL BENITEZ CLAROS: «Influencia de Quevedo en Larra», *Cuadernos de Literatura*, I (1947), 117-23; JOSÉ LUIS VARELA: «Sobre el estilo de Larra», *Arbor*, 47 (1960); E. ACEVEDO: «Larra, primer periodista de humor», en *Teoría e interpretación del humor español* (Madrid: 1966), pp. 187-94; MATÍAS MONTES HUIDOBRO: «La actitud diferencial en Larra: superficie y fondo en la angustia», *Hispanófila*, 39 (1970), 29-41; P. L. ULLMAN: *Mariano José de Larra and Spanish Political Rhetoric* (Madison: 1971); ROGELIO REYES CANO: «Los recursos satíricos de Quevedo en la obra costumbrista de Larra», *Prohemio*, III (1972), 495-512; V. CABRERA: «El arte satírico de Larra», *Hispanófila*, 59 (1977); LUIS LORENZO-RIVERO: *Lenguaje y estilo* (Madrid: Playor, 1977).

¹⁷ FRANCISCO UMBRAL: *Larra: anatomía de un dandy* (Madrid: Alfaguara, 1975).

te en períodos de profunda crisis de la fuerza liberadora frente a la medianía, de la sensación de ausencia de líderes, la necesidad de romper y elevar, de buscar algún salvador. Los jóvenes del 98 también sintieron, quizá como Larra, esta necesidad del salvador o de gritar y romper para salvarse, creyeron en la importancia del intelectual como guía, sin desprecio del pueblo, y se agarraron en algunas circunstancias al superhombre nietzscheano como tabla de salvación¹⁸. Anota C. N. Robin que de esta circunstancia se deriva el sentido militante de Larra, de forma tal que su obra no puede ser nunca una evasión sino un compromiso con la realidad, con un afán enorme y trágico, por su fin, por salvarla o transformarla: «El margen de libertad entre la creación y su creador se va estrechando: Larra tropieza a cada momento con la misma realidad y con su función de ser espejo crítico y dolorido. El texto, en medio del inmovilismo político, sólo es el grito de un individuo agobiado por la tétrica mediocridad ambiental. La función liberadora del texto se ha perdido: el texto —la creación— queda aplastada entre la Historia sin historia y el sujeto. En este conflicto, este duelo, el protagonista que había de desaparecer era el sujeto»¹⁹.

Se cierra el libro con dos interesantes artículos sobre sociedad y revolución en Larra. El primero, «Visión de la estructura social en los artículos de Larra», firmado por Claude Morange, aunque desprecia también casi toda la bibliografía existente sobre el tema, es un estudio puntual y cuidadoso, y supone una lectura ordenada y progresista de la obra de *Figaro*. Inicia Morange su trabajo con unas notas sobre las raíces de Larra en la Ilustración española, aunque con una visión más moderna, aspecto que yo creo necesita más extendido análisis pues puede ser clave interesante para descubrir las raíces larrianas. En estas fuentes encuentra el autor algunos temas de interés: crítica a la nobleza ociosa y maleducada, la aristocracia del talento... Sin embargo, podrían ampliarse los motivos y las relaciones entre Larra e Ilustración, aunque supongo no entra en el propósito de este ensayo un análisis exhaustivo. Es evidente que el costumbrismo no es un privilegio exclusivo del siglo XIX. La tradición anterior en la literatura, tan rica en los escritores costumbristas del XVII, tuvo en el setecientos un interés mayor y más crítico. El hecho de que esté insuficientemente estudiado²⁰ y que quede por revisar todavía gran parte de la prensa, no permite hacer aún muchas afirmaciones. Pero la novela, la poesía, el teatro, tienen muchos temas de análisis de costumbres, y en los periódicos es posible leer algunos cuadros y artículos de tipo social. Podríamos mirar de manera especial a Feijoo, Jovellanos, Ramírez, Moratín... y sobre todo al gran Cadalso, con quien tiene más evidentes concomitancias²¹. No sólo el estilo, sino muchos de los temas y actitudes del escritor de las

¹⁸ Vid. el ensayo de GONZALO SOBEJANO: *Nietzsche en España* (Madrid: Gredos, 1967); E. INMAN FOX: «Ramiro de Maeztu y los intelectuales», *Revista de Occidente*, 51 (1967), 369-78; y mi libro *Ramiro de Maeztu: la labor literaria de un periodista (1897-1910)* (Vitoria: 1982), pp. 17-24 y 73-84.

¹⁹ *Revisión de Larra*, p. 179.

²⁰ Véase C. M. MONTGOMERY: *Early «costumbrista» writers in Spain, 1750-1830* (Filadelfia: University, 1931). Algunas referencias hay también en el libro de JOSÉ F. MONTESINOS: *Costumbrismo y novela* (Madrid: Castalia, 1972), donde por cierto leemos una alabanza del costumbrismo de Cadalso y esta apreciación: «La carta VII de las *Marruecas*, por ejemplo, vale por medio Mesonero» (p. 15).

²¹ Recuerdo el artículo de B. ISAZA CALDERÓN: «La visión de España en Cadalso y Larra», en *Estudios literarios* (Madrid: 1966²), pp. 153-55, y el de M. BAQUERO GOYANES: «Perspectivismo y crítica en Cadalso, Larra y Mesonero Romanos», *Clavileño*, V, 30 (1954); igualmente el libro de JOSÉ ESCOBAR: *Los orígenes de la obra de Larra* (Madrid: 1973).

Cartas Marruecas se reflejan inevitablemente en Larra. Su sentido europeizante (que sabe conjugar con un profundo y arraigado espíritu hispano), su visión de la mediocridad española, su análisis de tipos y grupos sociales, debieron ser para el Larra juvenil, lector de la Ilustración, una fuente necesaria. No debemos olvidar que el escritor gaditano fue igualmente un gran patriota (aunque le acusaron de afrancesado) y un inconformista crítico que le llevó a enfrentarse al poder y a sufrir destierro (Zaragoza, Salamanca) y censura. Su obra de teatro, *Solaya o los circasianos* quedó inédita por este motivo²², y las *Cartas Marruecas* aparecieron póstumas²³, pues la autocensura que se impuso el autor por temor a nuevos castigos le impidieron publicarlas. No es este lugar tampoco para hacer recuento total de estas influencias; sólo dejo apuntada la necesidad de hacer este análisis con más profundidad, y que la relación de Larra con la Ilustración no se reduce al influjo de Cadalso, sino que hay también otros escritores liberales, que, salvando las distancias, debieron influir en la obra larriana²⁴.

El estudio de Morange, que comentamos, continúa haciendo unas calas en torno a algunas palabras clave, como sociedad y pueblo, donde se constata la insatisfacción que sentía Larra por la sociedad que le había tocado vivir, distante de los ideales que se había forjado, así como vacilaciones y contradicciones en el análisis de una realidad cambiante. La visión del mundo de Larra, restringido fundamentalmente a la capital de España, es la de un liberal progresista, «marcadamente política». La coexistencia de niveles distintos (estamental, rico/pobre, tres clases: elevada, media, baja), las vacilaciones y contradicciones muestran a las claras las dificultades de análisis de un período de transición, que está abierto a nuevas perspectivas de organización social. Y en resumen: «Naturalmente Larra no es un teórico del liberalismo, ni los artículos pueden considerarse como ensayos. Sin embargo, creo que del conjunto de estos textos se desprende una postura bastante coherente. En ellos Larra se muestra constantemente preocupado por el problema del cambio social, pero lo enfoca desde su propia experiencia, es decir, a partir de la situación del escritor en aquella sociedad (de ahí la importancia de temas como el de la aristocracia del talento). Pero nunca plantea el problema en abstracto, sino que se pregunta concretamente: ¿Qué literatura debe escribir un liberal para tomar parte (en su propio sector de actividad) en la lucha por la «revolución social»?²⁵

Interesan particularmente las reflexiones de Larra sobre la clase media, que

²² Véase la reciente edición de F. Aguilar Piñal (Madrid: Castalia, 1982).

²³ Sobre este asunto puede consultarse el artículo de LUCIENNE DOMERGUE: «Luces y censura: el caso de Cadalso», en *Tres calas en la censura dieciochesca (Cadalso, Rousseau, Prensa periódica)* (Toulouse: Université de Toulouse-Le Mirail, 1981), pp. 7-39.

²⁴ Véase L. LORENZO-RIVERO: «Larra y los papeles sediciosos de fines del siglo XVIII», en *Studies in Honor of H. L. Jonhson* (Salk City: 1980), pp. 43-51; y del mismo «La corrida en Pan y toros, Goya y Larra», *Cuadernos Americanos* (marzo-abril 1981), 182-91. En el artículo de A. DEROZIER, en el libro que comentamos, hay una referencia de Lista iluminadora de esta idea. En la recolecta de trabajos que publica en 1844 bajo el título de *Ensayos literarios y criticos* se lee: «La literatura actual es bajo todos aspectos una consecuencia inmediata e inevitable del espíritu que inspiró a los pueblos el filosofismo del siglo XVIII. El genio pereció a manos del materialismo, porque no hay genio sin entusiasmo, y por consiguiente sin convicciones y creencias. Por otra parte, desprovisto de todo principio moral y religioso, no dejó a la sociedad más vínculo que la política; y nada es más propio que la política para adormecer la imaginación y secar la fuente de los afectos» (cit., p. 21).

²⁵ *Revisión de Larra*, p. 209.

Morange analiza con acierto, descifrando el artículo «Anthony», por lo que tiene de precedente de las ideas galdosianas. A Larra le interesa la clase media porque la siente viva, inquieta, con necesidad de reforma y en ebullición. A ella por lo tanto debe dirigirse el escritor. Galdós, también liberal, con progresismo en avance a lo largo de su vida²⁶, ve en la clase media el ámbito en el que puede centrarse, con interés, el realismo de su novela. En su estudio «Observaciones sobre la novela contemporánea en España» leemos: «Pero la clase media, la más olvidada por nuestros novelistas, es el gran modelo, la fuente inagotable. Ella es hoy la base del orden social, ella asume por su iniciativa y por su inteligencia la soberanía de las naciones, y en ella está el hombre del siglo XIX con sus virtudes y sus vicios, su noble e insaciable aspiración, su afán de reformas, su actividad pasmosa»²⁷. La novela de costumbres contemporáneas que quiere Galdós tendrá, pues, en la clase media el centro de interés porque es donde más viva está la sociedad; ella administra, enseña, discute, innova, cambia sus costumbres (domésticas, religiosas...).

Se cierra esta *Revisión de Larra* con la ponencia de Jacqueline Wyler «La evolución del concepto de patriotismo en la obra de Larra». En este estudio, realizando siguiendo la cronología de la producción larriana, se analizan las raíces de la idea de patriotismo en sus primeros escritos que evidencian una vez más sus deudas a la Ilustración y al primer liberalismo. Pero este concepto va madurando, en necesaria acomodación al tiempo, según Larra va observando la realidad presente y tiene que dar respuesta a los problemas que plantea la sociedad española: el patriotismo es elemento de cohesión social, que más allá de quedarse en la mera aceptación de una tradición cultural (aunque en ella también hay elementos capaces de crear entusiasmo), es algo vivo que se construye en el presente. Este punto sirve también a Wyler para estudiar la postura de Larra, tantas veces criticado como afrancesado, sobre su interés por lo extranjero. A pesar de que *Fígaro* se había formado en el abierto espíritu europeo, siguiendo en esto a los liberales de la Ilustración, su actitud no es la de un extranjerismo servil. Sabe diferenciar lo que es inútil moda superficial, que con tanto papanatismo seguía con frecuencia la aristocracia, de aquellos otros elementos que podrían fermentar un espíritu nacional estancado. Acepta lo extraño, reconfortante y reformador, donde sea que esté por espíritu de verdadero patriotismo.

En resumen, *Revisión de Larra* significa, en su conjunto, el interés de presentar a nuestro escritor decimonónico integrado en la sociedad de su época, que con sentido crítico la analiza desde una postura abiertamente progresista. La palabra revolución del interrogante del título no puede entenderse en el sentido político que hoy se le da. Y sólo debe utilizarse, entre comillas, para marcar el punto de más que hay en sus exigencias. En Larra revolución es protesta y cambio necesario, ruptura sin dolor, pero también sin contemplaciones con los aferrados a lo viejo sin saber por qué (o conservándolo interesadamente). El pensamiento de Larra es «revolucionario» respecto a la ideología de su época.

Fundamentalmente Larra es un insatisfecho del espectáculo que presenta la sociedad de su época, que tiene que someter su diario análisis al contraste doloroso

²⁶ Así se estudia en el libro de J. RODRIGUEZ-PUÉRTOLAS: *Galdós. Burguesía y revolución* (Madrid: Turner, 1975). Vid. R. KIRSNER: «Galdós and Larra», *Modern Languages Journal*, XXV (1950), 210-13.

²⁷ Recogido en BENITO PEREZ GALDÓS: *Ensayos de crítica literaria*, ed. L. Bonet (Barcelona: Península, 1972).

entre la utopía/realidad. Una utopía que vive esencialmente, como parte necesaria de su ser libre, liberado, liberal. Una insatisfacción no hecha de apariencias, sino de vivencias profundas, que la ve crecer quien lee sus artículos en diacronía. Su amor, imposible, a la Armijo, es una traba también esencial a esa libertad, que no pueden entender los emparejados caducos, conservadores, convencionales. Es una imposición más en esa sociedad que ahoga al individuo en lugar de darle alas, y lo reduce a escombros o cenizas como basura inútil. Desde esta insatisfacción al suicidio puede mediar sólo el hilo del azar, del desasosiego o el quebrarse de sus palabras: «la esperanza es precisamente lo único que nunca me abandona»²⁸.

En Larra se observa el afán por hacer de España una sociedad moderna, educada y libre, lo cual le lleva a la revisión de los distintos estratos sociales y destacar críticamente de todos ellos (aristocracia, burguesía, pueblo) sus miserias y carencias. Le lleva también, sin olvidar su patriotismo, a mirar a otros países donde las cosas puedan marchar mejor, pero defendiendo siempre la raigambre española frente a la imitación mimética. Pero de cara al presente y al porvenir le falta a Larra un proyecto sólido, ordenado, quedando su crítica, a veces, ahogada en la circunstancia y tocada con un sentimiento destructivo y pesimista. Analizar los problemas sobre la marcha, sin tener una cabeza sobreordenada, implica, como le ocurre a Larra, caer en contradicciones. Su crítica diaria es por eso viva, cargada de fuerza y de intenciones.

En el campo de las ideas Larra es el puente entre el liberalismo menos integrado de la Ilustración y el regeneracionismo fin de siglo, subrayado en el sentido de ruptura de la Generación del 98. La relación entre Larra y los noventayochos ha sido estudiada en múltiples ocasiones. Cualquier manual que recuerde los episodios que vivieron en su juventud registrará la famosa visita a la tumba de Larra en el cementerio de San Nicolás, al atardecer del día 13 de febrero de 1901. El grupo, de riguroso luto, llevó al recordado rebelde unas violetas. *Azorín* leyó en este homenaje unas cuartillas recordando al «maestro de la presente juventud», tomando por lo tanto el relevo a quien también entendió que amar a España era analizarla con dolor²⁹.

De estos hechos da cuenta Martínez Ruiz en su novela-testimonio *La voluntad* (1902) donde se habla de la recuperación de Larra³⁰, prototipo de la generación romántica de 1830, como símbolo de lo discordante del medio en que vivió: «Larra es acaso el hombre más extraordinario de su siglo, y desde luego el que mejor encarna este espíritu castellano, errabundo, tormentoso, desasosegado, trágico»³¹. El relato azoriniano, así como el discurso pronunciado en la fecha del homenaje que también se incluye en el texto, insiste más en los aspectos de pura rebeldía y originalidad, tal vez rareza, también su escepticismo, más que en su ideología política, coincidiendo en esto con su espíritu profundamente anarquizante, pero individualista más que social³². En el discurso se puede leer: «No busquemos en

²⁸ «Un reo de muerte», en LARRA: *Obras*, I, p. 124.

²⁹ Se recuerda el episodio en LUIS S. GRANJEL: *La generación literaria del 98* (Madrid: Anaya, 1971), pp. 136-37; DONALD SHAW: *La generación del 98* (Madrid: Cátedra, 1978), p. 38. Vid. también J. L. VARELA: *Larra y España*, pp. 60-64.

³⁰ El episodio se presenta en el cap. IX de la segunda parte. Se describen también los hechos en un folleto: Larra (1809-1837). *Aniversario de 13 de febrero de 1901* (Madrid: Imp. de Felipe Marqués, 1901).

³¹ J. MARTÍNEZ RUIZ: *La voluntad*, ed. E. Inman Fox (Madrid: Castalia, 1968), p. 243.

³² JOSÉ MARÍA VALVERDE cree, sin embargo, que el acto fue para *Azorín* una manifestación de su com-

Larra el hombre unilateral y rectilíneo amado de las masas: no es liberal ni reaccionario, ni contemporizador ni intransigente: no es nada y lo es todo. Su obra es tan varia y tan contradictoria como la vida. Y si ser libre es gustar de todo y renegar de todo —en amena inconsecuencia que horroriza a la consecuente burguesía—, Larra es el más libre, espontáneo y destructor espíritu contemporáneo»³³.

Anota Díaz Plaja que Larra fue guía generador de los escritores del 98: «De él heredan la gravedad mediatunda, la irritada melancolía, el estilo directo y preocupación nacional. De él la constante sobriedad, el elegante decoro, el estilo tenso»³⁴. Unamuno, Azorín, Baroja, Maeztu y otros escritores que componen la juventud del 98 adoptaron similar postura crítica ante la derrumbada sociedad española³⁵. Maeztu, que no asistió al homenaje del cementerio de San Nicolás, es, sin embargo, el más larriano de los escritores del 98. Las alabanzas a Larra aparecen dispersas en su obra juvenil, pero, sobre todo, estuvo interesado por el mismo costumbrismo de raíz social y política, aunque desde las formas modernas de llamarse progresista. Larra es la juventud, como el Maeztu noventayocho, e igualmente su actividad más que puramente literaria se vierte en el artículo que impropia la crítica de cada día, disección necesaria, intentando un cambio en la España dormida. Incluso en los artículos de costumbres puede apreciarse el mismo sentido analítico, evitando el bucolismo de Mesonero Romanos, practicando un anticostumbrismo. Ruiz Contreras en sus *Memorias* anotó, por otra parte, que su estilo tenía la misma textura que el de Larra³⁶.

El pensamiento de Ramiro de Maeztu se explayó más ampliamente en un artículo de 1908 titulado «Larra y su tiempo»³⁷. Es, sin duda, un trabajo apasionado: Larra el primer periodista, creador del pensamiento moderno, «liberal que se burla de la libertad», patriota trascendental... Sabe definir Maeztu su sentido revolucionario, su realidad esencial, las contradicciones de su pensamiento. «La inteligencia de *Figaro* es la que más ahonda en sus preguntas y la más amena en sus explicaciones. No es que defendiera una u otras ideas; es que exponía y sugería ideas. El entendimiento de Larra se aventura por los cotos cerrados desde hacía dos siglos; literatura, costumbres, tradiciones, política. En torno suyo no hay más [que] creadores y poetas, hombres que remueven palabras y emociones. Pero el intelectual, el único intelectual, el único removedor de ideas es *Figaro*. De ahí el éxito de una prosa limpia, elástica, natural y sencilla que un pueblo de mendigos aprendía de memoria»³⁸.

Universidad Complutense de Madrid.

promiso social (*Azorín*, Barcelona: Planeta, 1971, pp. 171-72). Véase además el artículo de L. LORENZO-RIVERO: «La sincronía de Azorín y Larra», *Hispanófila*, XXVIII (1966), 27-38.

³³ *La voluntad*, p. 246.

³⁴ G. DÍAZ-PLAJA: *Modernismo frente a 98* (Madrid: Espasa-Calpe, 1966²), pp. 169-70. Mala me parece la revisión de la relación Larra/Generación del 98 en el artículo de CARLOS A. MONTANER: «Larra, España y la generación del 98», *Asomante*, XXIII, 2 (1968), 47-9 (recogido nuevamente en *Galdós humorista y otros ensayos*, Madrid: Partenón, 1969, pp. 51-57). Vid. también M. LLORIS: «Larra y la generación del 98», *Romance Notes*, X (1969), 296-99.

³⁵ Sobre la relación Larra-Unamuno hay referencias en algunos artículos de L. LORENZO-RIVERO: «La realidad de la sociedad española vista por Larra y Unamuno», *Duquesne Hispanic Review*, IX, 2 (1970), 54-72, y «Unamuno y Larra frente al problema de España», *CuHi*, 262 (1972), pp. 54-76; por contra el breve ensayo de M. LLORIS: «La extraña apatía de Unamuno por Larra», *Hispania*, LII (1969), pp. 852-56.

³⁶ Véase mi libro, *Ramiro de Maeztu, la labor literaria de un periodista (1897-1910)*, pp. 46-50.

³⁷ Publicado en *Nuevo Mundo*, 5 nov. 1908 (n.º 774, T. XV). Recogido en VV.AA.: *Mariano José de Larra*, ed. R. Benítez (Madrid: Taurus, 1974), pp. 51-54.

³⁸ *Idem*, pp. 52-53.